

# FERDINAND MAXIMILIAN, ARCHIDUQUE DE AUSTRIA

*Hans König*

*(Traducido*

*por María Mercedes Álvarez;*

*Adaptación gramatical de Nicolás González Lemus)*

Quisiera iniciar este corto artículo con dos observaciones personales: crecí en el distrito dos de Viena, llamado Leopoldstadt (este distrito es para Viena, como Lavapiés para Madrid). Allí a pocos metros de mi casa paterna, cerca de la estación del norte se levanta una enorme columna. Sobre ella se encuentra la figura del héroe de la Marina Austríaca, Wilhelm von Tegetthoff. La

quinta o sexta palabra, que pude decir después de mamá o papá, fue Tegetthoff. La repetía una y otra vez, y ya que vivíamos cerca de la estación, donde entonces aún circulaban locomotoras de vapor, la palabra Tegetthoff era para mí, en el sentido de onomatopeya, el sinónimo de locomotora de vapor Tegthoff, Tegetthoff, Tege-tthoff..

Esto se hizo para mí, ya desde niño una manía hasta tal punto, que mi querida abuela me amenazaba con darme un fuerte cachetón, si pronunciaba ese nombre una vez más.

Pasaron 50 años y entonces me compré el libro "Anales de Álvarez Rixo", ¿Qué encontré en el índice? Wilhelm von Tegetthoff. Inmediatamente empecé a hacer pesquisas del cómo y por qué se relacionaba al Puerto de la Cruz a esta figura, tan marcada en mi niñez, que había llevado a mi querida abuela, casi al borde de un ataque de nervios.

Y esta es la historia:

Me voy a permitir retenerlos unos minutos en el año 1859, aunque no cambiamos el lugar de la acción; nos quedaremos aquí, quizá en el sitio más bonito del mundo, el Puerto de la Cruz.

En la madrugada del 17 de diciem-



*El archiduque Maximiliano, hermano del emperador austríaco Francisco José I., fue comandante en jefe de la Marina austro-húngara.*

bre de 1859, un sábado, emergió de la niebla matinal el vapor de ruedas, reluciente y de carga pesada “Kaiserin Elisabeth”, (Emperatriz Isabel), perteneciente a la Marina de Guerra austro-húngara. Dieciséis marineros conducían a tierra la barcaza del buque de guerra con fuertes golpes de remo. La Infantería de Marina austríaca tomó posición en el muelle y presentó armas con sus carabinas del “Extracorps”.

Ocho nobles señores bajaron a tierra y expresaron su deseo de hospedarse en la ciudad y visitar Tenerife. Acompañados por infantes de marina completamente armados, se dirigieron a pie hasta el hotel del Sr. Pedro Aguilar, en la Plaza de la Constitución, hoy del Charco nº 9 (Rincón del Puerto), entonces el único alojamiento idóneo para turistas extranjeros. Entre los recién llegados se encontraban dos figuras muy destacadas: la primera de mediana edad, alta, con barba dividida en dos partes y grandes ojos,

por su comportamiento un oficial de rango en la marina; la segunda de algo más de veinte años, elegante, con una larga barba pelirroja y ojos azules penetrantes. Ésta y su séquito ocuparon las habitaciones.

El propietario del hotel corrió en busca del cónsul británico, Mr. Andrés Goodall, que apareció inmediatamente para prestar sus servicios a los visitantes extranjeros, ofreciéndoles establecer contactos locales. Se respetó el incógnito de los señores

y ellos disfrutaron con el concierto de guitarra, por parte de un artista contratado con urgencia. Las canciones gustaron extraordinariamente y algunas tuvieron que serle traducidas al francés por el dueño del hotel al extraño joven aristócrata que además registró los textos en su diario. Álvarez Rixo, el cronista del Puerto, cuenta al respecto que el secretario del Ayuntamiento, Nicolás H.

Escobar, después de haber dirigido la primera inspección oficial en el buque de vapor, se reunió con los visitantes y comprobó cómo el ambiente se fue animando y los señores importantes también terminaron cantando.

Cuando al día siguiente, en la mañana del día 18, apareció en el patio el médico Dr. Víctor Pérez, que trataba al hijo enfermo del propietario del hotel, Maximiliano Aguilar, y mencionó el nombre

de su joven y enfermo protegido “Maximiliano” reinó de repente inquietud y asombro en el grupo de visitantes austríacos, que pronto se calmaron sin embargo, cuando visitaron el jardín botánico

El joven noble sorprendió por sus conocimientos a cerca de las diferentes plantas, que en gran parte sabía nombrar en latín.

Por cierto, Maximilian fue un extraordinario investigador de la naturaleza.



*El ayudante del archiduque Maximiliano, capitán de corbeta Wilhelm Tegetthoff, se convirtió más tarde en “el héroe de la Marina austríaca”.*

En su viaje a Brasil logró obtener dos nuevos tipos de plantas, a las que puso el nombre de sus compañeros de viaje.

El grupo visitó La Orotava, donde recibieron toda clase de atenciones por parte del marqués de Celada, don Diego Benítez de Lugo. Todos juntos visitaron el jardín de los señores de Franchy, del marqués de la Candia, y más tarde el de los señores de Monteverde. Casi entrada la noche volvieron al hotel de don Pedro Aguilar, escoltados por su cuerpo de guardia.

Cuando entraba en sus habitaciones, el joven noble preguntó al propietario don Pedro Aguilar, si estaría de acuerdo en entrar a su servicio, lo que sería muy provechoso para él. Don Pedro se disculpó dando toda clase de razones, las cuales le impedían abandonar el Puerto de la Cruz, pero se sintió muy halagado por la sinceridad y por la forma tan cordial y familiar de este hombre joven, cuya procedencia le resultaba tan enigmática.

A la mañana siguiente se despidieron los visitantes y firmaron en el libro de clientes del hotel. Fue entonces cuando se descubrió la identidad del oficial de marina de mediana edad, que resultó ser el oficial austríaco Wilhelm von Tegetthoff; el joven noble firmó sencillamente como Josef Selleny – Austria.

Además de Wilhelm von Tegetthoff; también le acompañaban el ayudante personal Carlos, conde de Bombelles; su médico de cámara – el capitán médico de la Marina August von

Jilek; el médico de a bordo y botánico Heinrich Wawra von Fernsee y el jardinero Franz Maly, probados viajeros.

En el momento de la despedida, de uno de los bultos del equipaje se cayó una pequeña placa de metal, en la cual estaba grabado, sin embargo, archiduque Ferdinand Max. El joven noble se la regaló generosa-



*Maximiliano de Austria, el que más tarde sería emperador de Méjico, y su esposa Carlota de Bélgica.*

mente al dueño del hotel, se despidió cordialmente y todo el grupo a caballo cabalgó en dirección a El Sauzal, donde hizo trasbordo a los coches de caballos dispuestos para ello y en Santa Cruz subieron de nuevo al vapor, sanos y salvos.

A instancias del marqués de Celada, don Diego Benítez de Lugo, y después de presentarle la placa de metal, éste confirmó oralmente y más tarde por escrito, que el ilustre visitante no podía ser otro que el hermano de Su Majestad el Emperador de Austria, rey de Hungría y Bohemia, conde de Mähren, Francisco José I, el archiduque Ferdinand Maximilian, gobernador general de Lombardía y Venecia, Señor de Trieste, Görz, Krain y comandante de la Marina austro-húngara.

En ese momento no sabía aún el joven, que a los pocos años y llevado por malos consejeros y por la ambición de su joven esposa Carlota, hija de Leopoldo I, rey de Bélgica, se embarcaría en una loca aventura. Pues también, a instancias del emperador francés Napoleon III y para llegar a ser emperador, aceptó la corona imperial de México. Un estrato social noble, clerical y con-

servador le garantizaba en 1864 el cariño de sus nuevos súbditos mejicanos, pero tres años más tarde, este intento del melancólico y soñador joven, terminó siendo mortal. Los franceses retiraron sus tropas de apoyo. Carlota de Bélgica huyó del lado de su esposo, se dirigió a Su Santidad el Papa, ya con señales de una alta confusión mental y acabó con enajenación de la mente, en el año 1927. El dirigente de los rebeldes mejicanos, Benito Juárez, venció con una superioridad aplastante a las tropas austríacas, fieles seguidores del Emperador y el 19 de junio de 1867, mandó fusilar al archiduque en Querétaro juntamente con sus generales. En Austria llamamos al archiduque el “infeliz Maximiliano”, sin embargo hay que respetar la fundada actitud de la población mejicana.

De este triste capítulo de la historia expansionista austríaca, no podía sospechar nada el archiduque, en su alegre estancia en el Puerto de la Cruz. La divertida velada en el hotel de don Pedro Aguilar, fue sin duda uno de los momentos más relajados en la vida del adolescente, tan severamente educado, que ocho años después pasaría una vez más

por las islas, pero en un féretro, en la Fragata de vapor austríaca *No-vara*. En enero de 1868 fue llevado a su última morada, con una increíble participación de la población de Viena, en la cripta de los Capuchinos junto a sus mayores, a la edad de 35 años. También en



*La fragata No-vara: no fue el más grande, pero sí el más glorioso barco de la Marina de Guerra austríaca.*

este viaje le acompañó, como en Tenerife, el héroe austríaco de la marina, almirante Wilhelm von Tegetthoff. Fue el vencedor en Helgoland en 1864, ante una superioridad danesa (en la guerra germano-danesa) y antes incluso había apresado barcos mercantes daneses, entonces enemigos, en el Estrecho de Gibraltar y había mandado escoltarlos hasta Lisboa. Fue también el destructor de la Marina Italiana, en la batalla naval de Lissa en 1866.

En su visita a Tenerife era Tegetthoff aún capitán de corbeta y no estaba destinado como capitán del servicio de guardia del buque austríaco. Visitó entonces, como acompañante del archiduque, al emperador brasileño don Pedro II para cerrar contratos del comercio exterior con Austria-Hungría. Este viaje ultramarino, en el cual el joven archiduque recibió el bautismo del “paso del Ecuador”, acabó en marzo de 1860 pacíficamente ante la costa de Dalmacia, que entonces era territorio de soberanía de la Corona húngara de San Esteban.

El 7 de abril de 1871, el héroe de la Marina austríaca (el Nelson austríaco, como se le nombra en los libros de texto) dio su último suspiro, con sólo 44 años.

En Viena, un magnífico monumento de más de 25 m de altura, situado delante de la noria del Parque de Atracciones (el Prater) y que es símbolo de la ciudad, recuerda al héroe de la Marina austríaca.

Por cierto, es algo más que un hecho curioso que el nombre de incógnito Josef Selleny fuera utilizado por el archiduque Ferdinand Maximilian.

Josef Selleny fue un conocido pintor de marinas austríaco, que navegaba como pintor en la fragata austríaca *Novara* en su viaje alrededor del mundo, barco que llevaría a su nuevo imperio, al que más tarde sería emperador de México, y que devolvería su cadáver a la patria. Este viaje, bajo el mando del vicealmirante austríaco Bernhard,



*Josef Selleny, el pintor de las marinas austríaco, con cuyo nombre se inscribió Maximiliano en el hotel del Puerto, para permanecer de incógnito.*

barón de Wüllersdorf y del científico Karl von Scherzer, resultó ser de enorme provecho.

Trajo a Viena, junto a muchas obras pictóricas, conocimientos científicos sobre la naturaleza y la asombrosa cifra de 30.000 piezas de exposición, en el ámbito de la etnología, de la zoología, de la botánica y de la mineralogía. Tres grandes museos en la capital austríaca viven hoy del provecho de ese viaje alrededor del mundo.

La obra de Selleny fue asimismo extraordinariamente positiva; muchas de sus pinturas adornan las colecciones austríacas, entre otras las del museo de la Marina y del Ejército.

A causa de esa falsa firma o registro, él llegó a ser una celebridad, honrosamente mencionada en numerosos tratados históricos, pero nunca había visitado Tenerife.

Volvamos a Tenerife. La noticia del brutal asesinato del joven archiduque en el año 1867 llenó de profunda tristeza a la plantilla y al dueño del hotel don Pedro Aguilar. En la casa de los Aguilar se honra todavía

hoy la memoria de ese acontecimiento, la placa de metal, la inscripción en el libro de clientes y la confirmación del marqués de Celada.

En el año 1974 apareció en el periódico “El Día” un artículo de varias páginas sobre esta historia memorable, de la pluma del bisnieto del hotelero y nieto igualmente de aquel pequeño Maximiliano Alberto Aguilar, cuya mención del nombre por el médico, había traído mucha inquietud a la delegación austríaca.

Entusiasmado por la belleza de la isla de Tenerife y por la historia de los Guanches tuvo un sentimiento romántico el joven Habsburgo, a bordo del vapor de ruedas de Su Majestad “Elisabeth”, compuso una balada que tituló “La Coronación del Rey guanche»:

*Con júbilo se reúne la muchedumbre de guanches  
morenos  
en torno al pico de Tenerife,  
Y suenan retumbantes sus cantos de fiesta  
Como la resaca allá en el basáltico arrecife.  
Han venido para la coronación del Rey,  
Del nuevo príncipe de vieja sangre,  
Y, a él le juran servirle fielmente,  
Él, jura proteger el tesoro de su libertad.  
Cubierto el moreno cuerpo con piel de cabra,  
Rodean al santo “Tagoror”  
El sitio desde donde emana el derecho y saber  
Donde el príncipe escucha a los consejeros.  
Adornado está hoy el lugar con ramas de palmeras,  
Con laurel y olorosas hierbas,  
Como una sala de fiestas para todos los habitantes  
de la isla,  
Hecha de fronda verde y azul de cielo.  
El Rey sale de la cueva de sus antepasados,  
Del mausoleo del piedra volcánica,  
Donde los restos de los viejos reyes reposan,  
Ungidos con aceites del árbol del drago.  
El atavío de “Tamarco” cubre su cuerpo,  
Y sobre sus hombros cae su pelo rizado,  
Con paso majestático se dirige a la piedra,  
Colocada como trono desde los viejos tiempos.  
El más anciano de la estirpe de príncipes*

*Se acerca al soberano y rodea su cabeza  
Ciñéndola con corona de flores,  
Pues no conoce la isla tan grande adorno.  
Luego le trae el anciano el símbolo real,  
El hueso del brazo del más viejo antepasado,  
Con los siglos palidecen los huesos,  
Y como sagrados los considera el pueblo.  
El joven príncipe toma el hueso poderoso  
Y lo agita en alto con su fuerte brazo,  
Y dice: «¡La fuerza de la estirpe es inquebrantable,  
Aún corre caliente la sangre de los viejos Reyes.  
Hemos surgido de esa semilla tan colosal,  
La raza reinante enviada por Dios,  
Con fuerza poderosa reino en estos tierras,  
El bastón es nuestro garante para el deber y derecho!»  
Las voces del pueblo gritan con júbilo al joven,  
Cuando él orgulloso se dirige al banquete con los ancianos;  
Se ve arder el fuego en las montañas,  
La columna volcánica del pico gigante se pone al rojo. . . .*

En el año 2001 yo encontré los trabajos del Dr. Ferdinand Anders, estudioso de la cultura mejicana del que fue investigador del imperio de México y su soberano por poco tiempo, como es sabido el archiduque Ferdinand Maximilian, en la biblioteca nacional austríaca en Viena. En los escritos autobiográficos del monarca, se encontró igualmente el autógrafo de esta poesía. Con esto se hace público por primera vez en el idioma original y en la traducción al español de manera cuidadosa realizada por la Sra. María Mercedes Álvarez. Si bien sus palabras suenan un poco patéticas y poéticas para los tiempos que corren, es desde luego significativo que el archiduque empleara palabras como “Tagoror” o “Tamarco” y de esta manera documentara su interés, en el año 1859, por la aún joven ciencia de la investigación de la historia de los Guanches; el archiduque Maximilian describe en esta balada la ceremonia del juramento “*acognè i acoran i gnatzhagna chacognamet*”, que el ingeniero de Cremona Leonardo Torriani nos da a conocer en su manuscrito *descrittione et historia del regno de l'isole canarie gia dette le fortunate con il parere delle loro fortificacion* (fol 70 – cap. 51).



*El fusilamiento de Maximiliano de Méjico en Querétaro. (Óleo de Eduardo Manet)*

Con esto yo quiero recordar y relacionar también el gran interés de muchos austríacos por la historia de Tenerife. Empezando por los estudios de ciencias naturales en los tiempos de la emperatriz María Teresa (1740–1780) a través de su médico de cámara Gérard van Swieten y del botánico y fundador del Jardín Botánico de Viena, Nikolaus von Jaquin, que estudió las Canarias en 1755. Se pretende demostrar que existían ya investigaciones en Austria sobre Tenerife. Con este poema no publicado hasta ahora en España, escrito por el archiduque Maximilian en el año 1859 y según los estudios del prof. auxiliaris de la Universidad de La Laguna, Dr. Dominik Josef Wölfel (1931–1944) y sus alumnos, así como el Dr. Ferdinand Anders o las Ediciones Canarias en Hallein/Salzburg mantienen vivo el cariñoso interés existente en Austria por la historia de Tenerife.

Me parece significativo señalar aquí el lugar donde se guardan los tesoros de los investigadores austríacos y los resultados de los estudios realizados sobre la lengua de los Guanches, así como hallazgos arqueológicos: el Museo Etnológico de Viena, que alberga el gran tesoro que llegó de España de los Austrias como la corona de Quetzal de Moctezuma y el oro de los Indios y al mismo tiempo la Biblioteca Nacional de Viena, en la cual se encuentran los volúmenes sobre el trabajo de Torriani y sobre la lengua Guanche.

Soy consciente de que estas pequeñas historias no han cambiado el mundo básicamente y quizá hay cosas más importantes sobre la Tierra, pero, por qué no se han de recordar esas pequeñas cosas y sacarlas del olvido.



*Al cadáver momificado de Maximiliano se le colocaron los ojos de cristal de la figura de un Santo.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Alberto. «Recuerdos de la estancia del Archiduque de Austria Fernando Maximiliano, Emperador de México, en el hotel de don Pedro Aguilar». *El Día*, 20 de septiembre de 1974.
- König, Hans. *El Puerto de la Cruz*. Puerto de la Cruz, 2000.
- González Lemus, Nicolás. *Las Islas de la Ilusión. Británicos en Tenerife (1850-1900)*. Excmo Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995.